

cionados, yo le escuchaba en silencio, mirando la corriente honda y cristalina que casi mojaba mis pies... Todo en aquel recinto escuchaba á las dulces caricias y á las ardientes emociones de la pasión... Las flores de los tiestos despedían un perfume penetrante que me turbaba, é inclinándose unas hacia las otras, parecía que se amaban y se confundían... el mismo arroyo me presentaba amores entre sus puras aguas. Yo vi en él á la valisneria columpiarse en la superficie esperando á la flor su compañera; vi á la blanca percasia levantar sucesivamente sus estambres, arriarlos á su púnculo y fecundarse á sí misma, y un grupo de mármol de los que adornaban el pilon y representaba á dos amantes enlazados los brazos y mirando al cielo con una expresión de felicidad inefable, se animó por un momento ante mis ojos y me robó la poca razón que me quedaba... ¡Qué podré decirlos!... La soledad de aquel sitio... la influencia de la primavera... la lectura que acababa de hacer, y sobre todo las palabras de Enrique, el fuego de sus manos que oprimían á las mías, sus miradas, donde yo leía el ruego, y que me fascinaban... ¡Ah! perdonadme... no puedo continuar...

La pobre niña ocultó su rostro entre las manos, mientras yo la contemplaba con dolorosa admiración.

—Rosalia, la dije hondamente conmovido, ¿por qué os avergonzáis delante de mí: en qué sois culpada, pobre inocente criatura, mártir de una pasión que solo se ceba en almas tan hermosas como la vuestra?

Rosalía me dió las gracias con una tímida y espresiva mirada; luego prosiguió bajando los ojos al suelo:

—Desde aquella tarde parecía que Enrique me amaba si ceba mas que anteriormente; pero este exceso de cariño duró muy poco. Algunas veces suscitaba yo la cuestión acerca de nuestro enlace, y me decía que esperaba respuesta de su hermano, que á la sazón se hallaba en Cataluña, por lo que se habia retardado aquella, y apenas recibida obraríamos en consecuencia, aunque de todos modos uniéndonos en breve. Al principio no dudé en manera alguna de la veracidad de estas palabras, pues como he dicho, el amor de Enrique parecia haberse aumentado; pero á los pocos dias noté en él cierta frialdad que cada vez se me hizo mas perceptible.

Una ligera tos interrumpió de nuevo á Rosalia, y sossegada después, continuó de este modo.

Una mañana, al vestirme en mi habitación, fui á coger yo no sé qué de encima de una mesita que estaba al lado de mi cama, y figuróse mi asombro viendo sobre ella un bolsillo que me pareció lleno de dinero, y un billete entresabierto, que al instante conocí ser de Enrique. Leedle, repuso Rosalia sacándole de una cartera que llevaba en el pecho, es el único que he conservado como un talisman contra mi amor.

Yo leí el billete, concebido en estos términos:

«Rosalia, perdoname: he abusado de tu credulidad. Hace dias recibí una carta de mi hermano, llena de amenazas y mandándome que volviera inmediatamente á Madrid, y aunque me cuesta mucho separarme de ti, y no sin haber luchado contra mi cariño, he resuelto, por fin, obedecerte. No creas, sin embargo, que no te amo, sino que no quiero herirte desgraciada para siempre. pues yo me conozco demasiado, y nunca podria acostumbrarme á la ausencia que nos quedaria despues de anticiparse los primeros transportes de nuestro amor.

«Por tanto pues te ruego vuelvas á tu casa, donde facilmente obtendrás el perdón de tu familia, y una vez allí, esperarás á que alcance, á fuerz de súplicas, el consentimiento de mi hermano, no dudando de que tan luego como pueda conciliar los deberes de la sociedad con los que me impone tu cariño, volaré á tu lado para hacer que me ames y me perdones.

Enrique.

«Te advierto que el dueño de esta casa se trasladará á ella en breve con varios de sus amigos. Respecto á tu viaje, puedes entenderte con Juan, el criado de la quinta, y permitirme usar de la corta suma que he dejado para este objeto.»

IV.

Esta carta, repuso Rosalia con una serenidad que me conmovió más que si hubiers prorrumpido en lamentos ó imprecaciones, fué para mí un golpe tan terrible como inesperado. No os diré la indignación, ni dolor, el desprecio que me agitaron sucesivamente; seria empresa superior á mis fuerzas. Habo momentos en que creí perder la razón, mas luego, sacando energia del exceso de mi orgullo, cogí mi sombrero de paja y salí de la quinta sin hablar al criado que cuidaba de ella, á quien suponía cómplice en la infamia de Enrique.

Cuando estové á alguna distancia me senté en un pedrusco al lado de una senda que conduce á Pamplona, y allí permanecí mucho tiempo apoyada la cabeza en una mano y presa de los mas desgarradores pensamientos. ¿Cómo expresar los infinitos que surcaron mi imagi-

nacion?... Considerad el estado en que me hallaba y podreis figuraros en parte... Pero admirad la fuerza de mi amor: en medio de la terrible decepcion que acababa de sufrir recordando aun las falaces promesas del que me habia engañado tan vilmente, no pude resignarme á perder de un golpe todas mis ilusiones, y me esforcé en persuadirme que Enrique me amaba todavía... Aun en la insolente franqueza de su carta, creí ver confirmado este pensamiento, y me le imaginé luchando con las preocupaciones sociales, disculpándose en cierto modo en consideracion á estas. No fue tanta mi ceguedad que no conociese que su amor, dado caso que aun le sintiese hacia mí, no era tal como yo le habiera deseado; ¡pero cómo conciliar un completo olvido con las asiduas atenciones, la constancia en superar tantos obstáculos, el afán que habia demostrado en hacerse corresponder por mí, y sobre todo con el fuego, la pasión y el sello de verdad que llevaban sus palabras cuando me expresaba su ternura!... ¡Ah no sé de mí! en mi inexpencia no sabia que hay hombres que sacrifican hasta su vida por la consecución de un deseo, y despues de alcanzado solo experimentan hacia él desprecio y hastio.

A consecuencia de las razones con que procuraba atenuar el horrible proceder de Enrique, ideé mil proyectos á cual mas novelescos é insensatos, y estaba engolfada en estos diversos pensamientos, cuando al á mi lado una voz gangosa y desagradable que esclamó en tono suplicante:

—Señorita, una limosna por amor de Dios.

Y alzando la cabeza vi un mendigo que con el sombrero en la mano imploraba mi compasión. Era de edad avanzada, y su semblante me inspiró confianza no sé por qué; así es que analiéndome una idea, mas bien consecuencia de las anteriores, le dije despues de examinarle un momento:

—¿Sois de Pamplona, ó camináis sin direccion fija?

—He nacido en Tolosa, me contestó, y ahora voy á Madrid, viaje que hago dos ó tres veces cada año.

Estas palabras me llenaron de alegría, porque luego que pasado el primer ímpetu de mi indignacion hacia Enrique, hice por hallar menos les su modo de proceder, la reflexión de mi abandono y de la situacion en que me encontraba, se me representó en toda su terrible realidad. Solo, sin recursos en un pais que no amoria, qué partido tomar, dónde dirigirme? Hubo momentos en que pensé en volver á mi casa, mas solo al reflexionar en el recibimiento que tendria y en la vida que me esperaba, me estreñecí en la mas íntimo de mi corazón. Ocasiones hubo tambien en que me arrepenti de no haber tomado el bolsillo que Enrique habia dejado para mí; pero mi orgullo y delicadeza desvanecieron al instante tan indignos pensamientos, así es que las palabras del mendigo, que se prestaban á mis proyectos, acabaron de fijar mi resolucion.

—Escuchad, le dije, me parece que puedo fiarme de vos. Quiero ir á Madrid en vuestra compañía, veremos si nos proporcionamos algunos recursos para el viaje.

El mendigo me miró asombrado, sin duda del contraste que mi traje ofrecia con estas palabras.

—¿Cuánto os parece que valdrán estos pendientes? proseguí enseñándole los que llevaba puestos, que eran de coral engarzados en oro.

—No lo sé á punto fijo, respondió el pobre cada vez mas sorprendido, pero siempre habrán costado vos tres doblones.

—Pues tomadlos, repuse yo. Id á Pamplona á venderlos, y con el importe compradme una falda de estameña; si la encontráis usada, tanto mejor, tres pañuelos de los mas baratos que halléis, un par de medias de estambre y unos zapatos gruesos, ahí tenéis la medida.

Me quitó los pendientes y se los dió, así como tambien mi pañuelo de batista y el sombrero de paja de Manila, y el mendigo partió despues de asegurarme que volveria á buscarme á aquél mismo sitio, en el cual quise esperarle para desvanecer las sospechas de cualquiera que aceriase á pasar por allí, haciéndole creer que yo habitaba en la quinta inmodista.

Transcurrieron muchas horas, durante las cuales es indecible la ansiedad que me atormentó, y ya empezaba á desconfiar del mendigo cuando le vi acercarse mas de prisa que debia esperarse de su edad, trayendo un lío debajo del brazo. Al verle sentí la satisfacción que es consiguiente, unida á una especie de remordimiento por haber dudado de él.

Cuando llegó donde yo estaba, despues de explicarme los motivos de su tardanza, me alargó el lío, donde traía los efectos que me mandé comprar y algunas monedas de plata que le habian sobrado, pero yo hice que los guardase para nuestras urgencias. Despues desbaraté á propósito mi peinado, me puse un pañuelo á la cabeza, me quité mi cuello de encaje, y en su lugar me ceñí otro pañuelo, reservando el tercero para la mano. Doblé la falda de mi vestido de chall, sujeté-dola á la cintura, y sobre ella coloqueme la de estameña que me trajo el mendigo, y arrojando mis zapatos finos, me puse los que le habia mandado comprar, calzándome antes las medias de estambre sobre las

mas de seda. Hecha esta transformación, lancé una mirada á la quinta donde había pasado días tan felices, y empuñé mi cañón con mi compañero de viaje, al cual no acababa de volver de su sorpresa, y me hizo varias preguntas, á las que satisface forjando la historia que me pareció mas verosímil.

Presumo, caballero, que nunca habréis conocido las privaciones, por tanto creo escusado deciros los inmensos trabajos que pasé en aquel viaje, hecho á pié y con tan escasos recursos, porque no me comprenderéis. El mendigo pedía limosna, tanto por costumbre cuanto por no escalar sospechas, y esta primera humillación fué la iniciación de las muchas que me esperaban... ¡Ah! tal vez no hubiera podido sobrellevar tantos padecimientos á no haberme alentado una dulce esperanza. Después de algunos días de camino, por último dimos vista á Madrid... conforme nos aproximábamos, crecía mi inquietud; allí estaba Enrique... mas... ¿cómo me recibiría?

Llegamos á una puerta de aquella inmensa ciudad, pero no entramos por ella; mi compañero no quiso atravesar por las calles principales temeroso de la policía; por lo que forciendo á la izquierda, después de pasar por otra sin entrar tampoco por ella, lo hicimos al fin por la tercera que encontramos, que nos condujo á un hermoso paseo adornado con muchas fuentes, donde había un sin número de gente, y después de atravesarle en toda su estension, usimos por otra puerta que mi compañero dijo ser la de Atocha, encaminándonos á un arrabal que hay á corta distancia de ella, donde hicimos noche en una miserable casucha, en compañía de otros muchos mendigos tendidos todos unos casi encima de los otros sobre algunas malas esteras.

Al día siguiente me levanté muy temprano sin haber podido dormir en toda la noche, pues el aire de miseria é inmundicia que allí se respiraba, se me hacia cada vez mas insuportable, y mientras esperaba á mi compañero el mendigo, me puse á pensar lo que debía hacer para encontrar á Enrique, único móvil que me hizo emprender mi viaje. Yo había olvidado el título de su casa, pues como en mi pueblo solo decían *el señor marqués*, lo sé muy pocas veces; sin embargo, juzgué que me sería fácil lograr mis deseos, recorriendo una por una todas las casas grandes de Madrid, y preguntando si su dueño tenía haciendas en tal pueblo. Halagado con esta esperanza aguardé á mi compañero, que no tardó en salir, y me dijo que ya no teníamos mas que una pasta de cinco reales, y que por tanto al otro día nos sería preciso mendigar para comer. Le manifesté mi proyecto de entrar en la población, pero me persuadió á que no lo hiciese hasta pasados dos ó tres días, pues segun le dijeron aquella noche, un bando reciente contra la mendicidad, había excitado el celo de la policía, y era preciso esperar á que fuese olvidado como otros sucesos: esta circunstancia me obligó á dominar mi impaciencia, y pasamos el día en aquellos alrededores.

Al siguiente nos hallábamos sin dinero, y nos dirigimos por el paseo que llaman de la Ronda, implorando la caridad pública, cuando nos admiró el excesivo gentío y los muchos carruajes que pasaban. El mendigo preguntó á una agudora, conocida suya, dónde se dirigía aquella multitud, y nos dijo que había carreras de caballos en la Casa de Campo, á las que asista la Reina y toda la real familia; y juzgando mi compañero que allí *haríamos negocio*, nos encaminamos hácia aquel punto.

Llegado que hubimos, esperamos la salida de la gente, que comenzó á verificarse á la caída de la tarde, y durante esta no pude volver de mi admiración... ¡Ah, qué felices me parecían aquellas señoras tan elegantes y bellas, intelualmente recluidas en sus ligeros carruajes! ¡Cuanto hubiera dado yo por gozar de una vida semejante, y cuán grande era mi desconsuelo al considerar el misero traje que me cubría y el estado en que me hallaba!

Agitada estaba con estas sangrientas emociones de admiración envidiosa y de orgullo humillado, cuando ví aproximarse una magnífica castróla tirada por cuatro fogosos caballos, y un caballero que cabalgaba en oro, golándole con suma gracia y destreza, sonriendo con las hermosas señoras que ocupaban aquel carruaje. Al verle sentí un temblor indecible, y mi corazón cesó de latir, porque en aquel instante reconocí á Enrique... á Enrique, mas bello, mas elegante que nunca... Perdida la razón, arrestrada por un impulso irresistible, corrí á su encuentro, y meléndome casi entre los pies de su caballo, abracé su pierna, que descansaba en el estribo, gritando con voz agitada y balbuciente.

—Enrique, Enrique... por fin te he encontrado!

Estrepitosas carcajadas que salieron de la castróla respondieron á mi exclamación. Enrique se puso pálido y encarnado sucesivamente, pero detuvo su caballo.

—¿Quién eres? me preguntó enojado, ¿qué te se ofrece?

—No me conoces, Enrique, le contesté, te has olvidado de la pobre Rosalía, que ha venido á buscarte desde tan lejos?

Enrique, sorprendido, me miró atentamente, y después de titubear un instante, partió al galope, sin duda para alcanzar al carruaje,

mientras que yo di algunos pasos hácia las verjas de un puente que estaba próximo, y me agarré á ellas para no caer al suelo.

—¡Oh! que infamia, dije yo interrumpiendo á Rosalía, parece imposible que tanta maldad pueda caber en el corazón humano!

(Concluiré.)

FLORENCIO MORENO y GODINO.

EL EX-CONVENTO DE SAN FRANCISCO DE MIRANDA DE EBRO.

Cuando aprovechando los momentos que nos han permitido nuestras graves ocupaciones, y guiados por una curiosidad y un afán grandísimos de ilustrarnos, hemos recorrido las provincias de Valladolid, Burgos, Alava, Madrid, Albacete, Valencia, Alicante y otras, se ha disgustado nuestra alma viendo el lastimero estado en que en lo general se encuentran las iglesias y monasterios que pertenecieron á los Regulares, y considerando que en su mayor parte podrán ser solo dentro de breve tiempo un monton de ruinas y de escombros.

Las ideas estavadas por la falta de educación y por efecto de la efervescencia de los ánimos y de las pasiones, y mas que todo el mezquino interés de unos pocos, han contribuido á aniquilar prematuramente sin ninguna utilidad ni provecho, reales y positivos monumentos grandiosos, en los cuales emplearon inmensas sumas nuestros antepasados, y cuyo completo abandono é injustificable destrucción nos presenta á los ojos de la culta Europa, como no mereceremos de modo alguno la mayoría de los españoles.

Por aprovecharse de una mala puerta, de un pedazo de madera, de cuatro ladrillos, de algunas tejas ó de una mala labrada piedra, se han echado á rodar por el suelo obras santuosas del arte que debieran haberse conservado á toda costa, para que las admirasen y estudiasen propios y extraños, y para que al mismo tiempo sirviesen de establecimientos industriales, de asilos de beneficencia y de depósitos y almacenes de todo género de frutos y efectos.

¿Es por ventura de absoluta necesidad que unos y otros, y en particular los de las dos primeras citadas, estén siempre ó casi siempre, segun sucede, en grandes poblaciones? ¿No ganaria la salubridad pública infinito, y no serian imponderables los ahorros que experimentarían y las ventajas que reportarían los enfermos, los jornaleros y los dueños de los terceros con la ventilación y el desahogo de los ex-conventos, con su pequeño alquiler, y con la abundancia, superior calidad y baratura de los artículos mas precisos para la vida?

Bien merece pues la pena de que los diocesanos, á quienes pertenecen hoy tales edificios á virtud de lo dispuesto en el último concordato, se ocupen con la constancia y sabiduría que les distingue, en detener los progresos de la desaparición completa que les amenaza, adoptando con prontitud las medidas que sugiera á tan entendidos prelados su ilustrado celo.

En el entre tanto que esto sucede, y ya que por nuestra insignificancia no podamos obrar de otro modo, haremos imperecedera la memoria de varios de los repetidos monumentos por medio de vistas exactas, que iremos estampando sucesivamente en nuestro SEMANARIO, como hasta aquí, acompañadas de las noticias y datos que podamos reunir.

La que hoy ofrecemos á nuestros lectores al pié de este artículo, representa bastante bien la fachada principal de la iglesia del ex-convento de San Francisco de Miranda de Ebro.

No puede darse posesion mas ventajosa y amená que la que ocupa aquel.

Colocado en el declive de una pequeña cuesta, casi tocando con las últimas casas de la villa, dominando esta á un hectómetro de distancia del estuoso Ebro, y descubriéndose desde sus celdas y pasadizos toda la feraz campiña que fertiliza aquel río, la concurrida carretera de Francia y las montañas de las Provincias Vascongadas y de la Rioja, con dificultad habrá otros de la orden, no que le superen sino que ni aun le igualen en salubridad y en toda clase de ventajas, comodidades y proporciones.

Sin embargo de nuestra extremada diligencia, no hemos podido atravesar la época de su fundación y la de las varias vicisitudes porque ha ido atravesando.

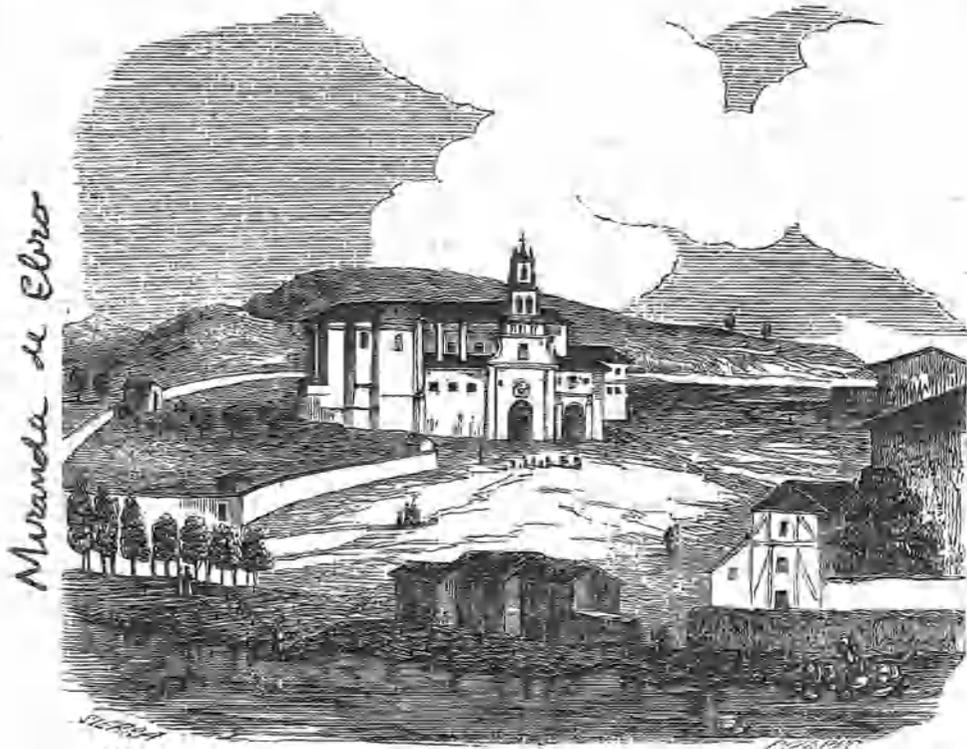
Hemos hecho mil preguntas al último guardia y á otros religiosos, les hemos impuesto del objeto sencillo que nos proponíamos, y hemos bajado en fin los ojos á diez tomos en folio de la *Cronica de los Hijos de San Francisco*; pero todo en vano, porque los primeros nos han manifestado que no sabian una palabra, y la segunda no dedico ni una línea á hablar de esta parte de su orden; así es que tenemos que proceder por conjeturas; y fundados en las mismas, creemos que acaso y sin acierto, seria aquel, en sus principios, de medianas proporciones y de insig-

nificante importancia, hasta que, con su reedificación por completo á mediados del siglo XVI ó principios del XVII, las adquirió y grandes.

Entonces puede asegurarse que se labró de nueva planta, y á nosotros nos figura que la magnificencia de algunos personajes enriquecidos en la reciente conquista de América y preocupados con las ideas timonáticas de la época, contribuyó á enterrar sumas imponderables, que según los inteligentes, subirían á muchísimos miles de duros.

Cierto que todo el edificio es de piedra sillera; que la solidez, elegancia y la severidad están llevadas á un grado superlativo; que la iglesia es de una sola nave, de un hectómetro y cinco decímetros de

longitud, y de otros cinco decímetros de latitud; que pertenece al gusto depurado; que se asemeja á una de nuestras mejores catedrales; que cualquiera diría que había sido dirigida por los Toledos y los Ferreras; que tiene ocho capillas; que la espadaña de la torre es un modelo perfecto y acabado en su clase, y que nada se echa de menos, porque es un todo completo en su género. ¿Y quién diría que esta joya arquitectónica, respetada como pocas por la guerra civil, por haber servido de hospital á veces para ochocientos enfermos de los ejércitos de nuestra idolatrada Reina, había de haber quedado convertida en solos doce años en un gigantesco é incompleto esqueleto? ¿Quién hubiera pronosticado que su iglesia había de servir, según sucede, de depósito de maderas y



Miranda de Ebro

M. U.

(El ex-convento de San Francisco en Miranda de Ebro.)

de paja, sus capillas de rediles de ovejas, y que en lugar de los cánticos y preces que diariamente se elevaban al Rey de todos los reyes y al Señor de todo lo criado, no se oyese más que el ruido monótono de una sierra, el de los encerrros y balidos de algunos cientos de reses lanaras, y las palabras bruscas y aun obscenas de jornaleros y pastores? ¿Quién que la pieza del refectorio se había de convertir y trasformar, de repente, en un bonito teatro? ¿Qué poca estabilidad tienen las cosas humanas! ¿Cómo mas cambia y destruye la mano del hombre, que la acción eficaz, activa é incansable del tiempo!

Sabemos que el ayuntamiento de Miranda de Ebro, comprendiendo lo necesarísima que es la conservación del ex-convento que describimos, por si llegase á ocurrir una nueva guerra ó una peste, se ocupa en allanar las dificultades insuperables que ha habido los años anteriores para adquirirlo, y en proporcionar medios y recursos á fin de trasladar desde luego, á sus espaciosos salones, el hospital de la población y aun las escuelas de niños y niñas, cediendo el resto á vecinos necesitados, y ojalá que sus pasos y esfuerzos se vean coronados pronto del mejor y mas completo éxito.

BENJAMIN SALOMON.

EL ESPEJO DE LA VERDAD,

cuento fantástico.

(Continuación).

VIII.

EN EL PARTO.

Como queda dicho al comienzo del capítulo anterior, con la rabia del rey Anónimo hubo la de Dios es Cristo en el país. Nadie se entendía, ni lo entendía nadie. Los ministros gobernaban á su antojo en nombre del rey, y decreto va, decreto viene, me pusieron mal parados

á sus enemigos. No tenía la reina muchó cacumen, como ya van conociendo los lectores, y ocupada además en su embarazo y en llorar su marchita hermosura, ni un bledo se le importaba de que la nave del estado se fuera á pique.

Con esto el gacetero iba ganando influencia de cada día mayor. Él aconsejaba á la reina en sus artículos sobre las modas del vestir que caían mejor á las embarazadas reales, y aconsejaba al gobierno sobre el modo de gobernar peor, aunque él ya se lo sabia. Introdujose por arte de birlibirloque en la régia cámara, y llegó á ser el confidente mas querido de Teodolinda.

Del pobre Anónimo entre tanto no se acordaba nadie.

Pretendia la reina que se le encerrase en una jaula de oro; pero el ministro de Hacienda se opuso á aquel despilfarro, porque el país no estaba como él lo quería en este caso: opinó el gacetero por el emparedamiento; pero se dió en la dificultad de que el rabioso era pacífico, y se contentaba con correr á escape por los inmensos jardines del palacio, con que si lo emparedaran, podía estrellarse los sesos en los muros de su prisión. Al tratar este punto convenían todos en que era urgente precaver el contagio de la hidrofobia del rey; Teodolinda en particular, que se hallaba muy contenta en aquel estado. Al fin se decidió casi unánimemente que se le pusiera una mordaza, y se le dejase dueño de todas sus acciones.

De otros reyes cuenta la historia una felicidad mas feliz que del Anónimo. Ni su muger ni el estado le turbaban el sosiego.

Llegó por fin el día en que la luna del parto iba á rayar en el horizonte de Teodolinda. Preparaban los médicos sus chismes, y los boticarios componian sus drogas. El pueblo, con tanta boca abierta, no sabía sino que esperaba una droga, y en su bolsillo una operación quirúrgica.

Bien oyó Teodolinda desde aquella mañana que era llegado el trance cruel. Encamendose muy de veras á su protectora la bruja, y repitiendo para que no se le olvidara la invocación á Merlin, despidió de su aposento á las camaristas todas, que se llenaron de asombro con

este capricho. En vano le hicieron presente cuánto se esportaba quedándose en aquel estado á solas.

Llegó el instante por último, y apenas pronunció Teodolinda—¡y mi Merlin!—cayó la bruja en la cámara flotada del cielo.

—Bien venida seas, dijo la parturienta. Ya llegó el trance.

—Pues al avío, contestó la bruja, remangándose con aire de manola.

Y en un santiamén, diestra como un cirujano de cámara, colocó á la reina en posición conveniente, y á los pocos minutos tenía en los brazos una niña, diciéndole con voz y arte de bruja:

Te manda Merlin
que duermas en paz:
las niñas bonitas
no deben reñir.
Un ángel del cielo,
como tú serás,
á sus madres solo
vienen á estorbar.
¿Por qué no naciste
de horrible fealdad,
con dientes de á cuarta,
nariz colosal,
ojillos de aguja,
color de a quintran,
la boca de sotano,
y así lo demás?
Ni reino ni trono,
ni amor maternal,
robárate entonces
mi amado Satan.
Gozáste menos,
valiéste mas;
—y punto redondo,
y duérmete en paz.

La reina lloraba mientras tanto, no sabemos si de dolor moral ó físico.

—Ahora solo me falta, dijo la bruja, para completar mi obra, una cosa muy sencilla.

—¿Cuál? le preguntó la reina.

—Volver tantos á todos los palaciegos.

—Poco trabajo te costará.

—Ya lo sé.

Dió tras esto la viejecilla dos volteretas en el aire pronunciando el conjuro con voz de cada vez mas satánica, y haciendo á la reina una cortesia, desapareció con la niña en los brazos.

Levantóse Teodolinda como pudo, y á pique de desmayarse de débil y dolorida, se acercó al maldadado espejo de la verdad. Pequeños eran los pedazos que existían aun, pero bastáronle para verse el rostro. ¡Oh felicidad! había recobrado su hermosura completamente. Ya era la Teodolinda de antaño, la reina de todas las mugeres, como había dicho con tanto acierto la *Gaceta*.

En esto penetraron en la régia cámara palaciegos en gran número dando muestras de dolor lastimosas.

—Señora, exclamaron á coro. ¡Qué desgracia tan terrible! pero, ¿cómo ha podido suceder sin que en palacio se sepa? Esto es cosa sobrenatural. El pueblo está consternado.

La reina miró á todos como loca; pero recordó al punto lo que le había prometido la bruja y sonrió murmurando:

—Ya acabaron de entoptecer.

Luego, como quien se hace de nuevas, se volvió á los cortesanos, preguntándoles:

—¿De qué habláis?

—De la desgracia de V. M.

—De nuestra desgracia.

—De la desgracia de toda la nación, exclamaron á la par tres, interrumpiéndose mutuamente.

—No os comprendo, respondió la reina.

Los cortesanos la contemplaban atentamente, y al verla en su estado natural, como antes del embarazo, se decían unos á otros:

—No cabe duda.

—¿Pero en qué?

—¡Oh pueblo desventurado!

—¿Por qué?

—¡Pueblo desventurado! ¡Dios le quiere más!

—¿Acabareis de explicarme?...

—¿Con que la augusta princesa...

—¿El regio vástago...

—¿El capullo...

—¿El mas bello florón de la corona?...

—¡Ha muerto al nacer! exclamó uno, el mas audaz, vertiendo á mares lágrimas como puños.

—¡Ay! exclamó la reina estupefacta. Por desdicha es verdad.

—¡Y ya la han enterrado!

—¡Va! repitió la reina, cada vez con mas asombro.

—Mire V. M. por el balcón. Ahora pasa el funebre cortejo.

Hizo lo que se le indicaba Teodolinda, y vió efectivamente un entierro muy lujoso, y á la bruja que lo presidía, para todos invisible, cabalgando en un palo de escoba.

—El pueblo se hacía cruces; pero lloraba.

La reina mientras tanto, murmuraba para su capote:

—Ha hecho bien mi protectora en remarcar la estupidez de esta gente, porque sino me quemaría por bruja...

—Y haría bien, dijo una voz ahogada junto á ella.

Volvióse Teodolinda con espanto, y hasta miró debajo de la cama; pero no había nadie.

La conciencia es un reloj que da las horas aunque no se le dé cuerda.

IX.

DESPUÉS DEL PARTO.

Tan estúpida se había vuelto la corte, que vistió de luto un mes entero.

¿Y qué cosas pasaron además! Nadie sospechó de Teodolinda, nadie dijo una sola palabra de desconfianza. Con el luto y todo se bailó en palacio á los ocho días. Los maridos no dejaban un punto solas á sus mugeres; los diplomáticos eran leales; los pobres se hacían ricos en un santiamén; los ricos prestaban dinero á todo el mundo; las niñas de quince años no pedían amante á voz en grito; las de veinte no los buscaban; las de treinta á nada decían que sí. Los venteros tuvieron que declararse en quiebra, y se cerró la Bolsa.

Dejamos otros detalles á la perspicacia del lector, porque ni son de necesidad, ni queremos cansarnos.

Como vivir con una persona tocada de la rabia es vivir en una agonía, los empleados de palacio se cansaron por fin de guardar miramientos al pobre Anónimo, que sin cesar erraba por los jardines, pues la entrada en las habitaciones no se le permitía. Cuando se acercaba á alguno, aunque mansamente, le sacudía con un látigo, de que todos se provayeron.

Una vez solamente le vió la reina en esta situación lamentable. Había subido á tomar el sol al terrado en compañía del gacetero, que se le iba pegando como una ostra, y por una casualidad oyó los gritos que su augusto esposo daba en el jardín, apaleado de lo lindo por un quidán de los de escalera abajo. Como su corazón era compasivo, y no podía ver males sin remediarlos, al punto mandó que abrieran la puerta del jardín, por donde el rabioso tomó incontinenti las de Villadiego con gran júbilo.

Dejenos á los reyes cumpliendo cada cual su misión, como hoy se diría, y vamos á la bruja, que en cuatro meses que hace que no la vemos, debe de haberle sucedido alguna cosa notable de contar.

¡Vamos en que se llevó á la princesa, y en que después presidió el entierro.

Como el lector sospechará, aquel entierro era todo pura brujería. Ni el ataúd era ataúd, ni la muerta muerta, ni los frailes frailes, aunque estos bien lo podían ser. El pueblo ya estaba tanto cuando los vió.

Terminada la ceremonia dirigióse la bruja con la princesa en los brazos á una sierra muy escabrosa, muy escabrosa, donde tenía su morada cierta amiga suya, del oficio también. Un hoyo entre dos piedras, por cima dos sogas clavadas de pared á pared, y por adorno un bote de untos mágicos, un gatazo mas feo y mas negro que Belcebú, un palo de escoba para cabalgar, en un agujero cuatro dientes y tres muelas aguardando la resurrección de la carne, y unos zapines en muy mal uso que hacían papel de espejos con sus suelas untadas en lo del bote. Para que no se nos acuse de poco verídicos, añadiremos á esta relación un muerdélago embalsamado, y una especie de cartera de piel de lechuza que contenía hasta cuatro pelos del mismísimo bigote de Lucifer.

Estaba la segunda bruja requiriendo de amores á su gato, cuando llegó la bruja primera.

Como ya se habían visto después del desencantamiento de esta, ni se besaron, ni se dieron los buenos dias tan siquiera, ni un simple apretón de huesos.

En ciertas ocasiones, por escepcion, no se parecen las brujas á las mugeres.

—¿Qué traves? preguntó la bruja segunda de mal talento, y como quien dice: —áspáchala pronto.

—Vengo á pedirte un favor, respondió la segunda.

—¿No sé qué dinero?

—No me pongas esa cara, que no es dinero.

—Pues es, di.

—Esta niña, que acaba de nacer, no puedo llevarla conmigo, porque es muy hermosa, y ya sabes que Merlin...

—¿Tienes celos?

—No los quiero tener.

—Tiempo falta para que la niña pueda...

—Merlin es capaz de todo. Es capaz si le enamora, de hacerla mu-
ger de golpe y porrazo.

—Encántala.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Es un secreto terrible.

—Ya sabes que soy tu amiga.

—Merlin me ha retirado los poderes, desde esta mañana que hice
tonfos de remate á todos los vecinos de cierto pueblo, que cuando eran
semi sabios le tenían en mucho.

—Pues yo no he de gastar de balde mis untos. Si me lo pagas, la
encantaré.

—¿Somos amigas?

—Sí, pero...

—¿Pero qué?

—Que yo no quiero amigas que me arruinen.

—Si no fueras usurera entraríamos á ajuste.

—Yo me pongo siempre en la razón.

—No. Me basta que la tengas aquí.

—Necesitará cuidados.

—Te distraerás.

—Debe de ser florona.

—Tendrás música.

—No dormiré por las noches.

—Figúrate que son todas sábadas.

—No estoy para fiestas.

—Ni yo para celos.

—Pues carga con ella tú y toda tu alma.

—¿O somos amigas ó no somos?

—Yo para hacer favores no tengo amigas.

—Eres una judía.

—Y tú una desvergonzada, imprudente, chupona, hambrienta...

—¿Eso á mí, so mala bruja!

—Calla, que te digo lo del espejo de la verdad.

—Calla, que te digo lo de los amores del gato.

—¿Dilo si te atreves!

—¿Dilo si te atreves!

—Di tú primero.

—Di tú.

Sonó debajo de tierra un ruido formidable, como el estorandó de
Satanás costipado; y era efectivamente Satanás, que se dolía de ver
que entre sus hijos había también renicillas como entre los hombres.

Las dos viejas temblaron.

—Si al menos me pagarás cada mes el pupilaje... dijo la bruja se-
gunda algo mas blanda.

—¿Avara, judía!

—¡Prrrrrrruuuu! volvió á sonar debajo de tierra.

—¿Quieres vivir sobre el país? ¿Has adquirido en el mundo esa maña?

—Mira que los sordos nos van á oír.

—Hija, si nó quieres que Merlin haga de las tuyas, cómprame á
mí de las mías.

—Sea pues, dijo torciendo el hocico la bruja primera.

Y después de regatear por ochavos, quedaron convenidas en la
soldada, y enlazaron los manojos de cañerojas que por manós traían.
Así pintau á la té comercial.

Como sucede que sin poderlo remediar, y sin que á veces lo com-
prendamos nosotros mismos, de dos medios para llegar á un fin, elegi-
mos el menos vil, el menos infame, la viejecilla bruja, á trueque de
no tenerla á su lado, consintió en no encantar á la princesa, lo que
sin duda le costaría también mas dinero.

(Concluirá.)

VICENTE BARRANTES.

Rescña de los instrumentos que tañian los juglares ó yuglares.

Los atambores, la guitarra morisca, el laud, la guitarra latina,
el rabé, el orabín, el salterío, la bihuela de péndola, la sota, el
medio caño, el arpa, el rabé morisco, el galipe Francisco, la rota, el
tamborete, la bihuela de arco, el caño entero, el panderetó, las sona-
jas de azófar, los órganos, la adadura albardana, la dulcema, el alho-
gon, la cianfonia, la baldosa, el odrecillo, la mandurria, las trompas,
los añaliles, los atambales, los panderes, la zampóná, los abogues,
el caramillo y la citola.

R. SALOMON.

EL DIABLO MUNDO.

POEMA

DE DON JOSE DE ESPRONCEDA.

CONTINUACION

Por Don Miguel de los Santos Alvarez.

Pero ¡hija de mi vida! Tú no quieres
Ayudarlos tampoco, ni á su ciencia
Mostrar el mal de que en secreto mueres
Ni el origen decir de tu dolencia!
¿Cómo te has de curar si tú misma eres
Quien del dolor oculta la violencia?...
¿Quién sabe!... acaso se hallaría el modo
De hacerte bien, si lo dijeras todo!...

Y ella se sonreía y me miraba
Con grande compasion de mi cuidado,
En sus manos la mía acariciaba,
Y con la voz que Dios la había dado,
Que como la de un ángel encantaba,
Doblando triste la cabeza á un lado,
¡Ay madre! me decía, que en mi pena,
La muerte solo, es medicina buena!!!...

Y nunca quiso de su triste herida
Revelarme el mortal negro motivo:
Ni hablaba de Don Luis... solo dormida
La oí llamarle con afecto vivo
Algunas veces, y otras encendida
De violenta fiebre al fuego activo,
Entre congojas de dolor atroces
Quejarse de él con descompuestas voces!

Ni yo por mas que la escuchaba atenta
Pude nunca entender lo que decía;
¡Con tal furia la queja violenta
A borbotones en su boca hervía!...
Solo llegué á entrever que alguna afrenta
Mortal, la atormentaba con porfia,
Atravesando como un clavo ardiente
Con su recuerdo aquella hermosa frente!...

Sin saber ya á su mal de qué manera
Hallar remedio, ó cuando no, templanza,
Fui á buscar á Don Luis, mi rabia fiera
Atogando, y mi deseo de venganza.
¡Aquel malvado, al fin, ni aun bueno era
Para un último ensayo de esperanza!...
¡Supe que de Madrid se había ido
Adonde el cielo le haya maldecido!...

Y supe mas... ¡Dios mio!... Supe todo
El infortunio de ese tierno pecho,
Que ahogó aquel hombre con el sueño todo
De que él estaba por los diablos hecho.
¡Ahora verás el horroroso modo
Con que el triste pecado ha satisfecho
Esa niña, de amar apasionada
A una alma dura, bárbara y malvada!...

¡Cuando ella me dejó, que de su vida
Hizo á Don Luis el absoluto dueño,
Ya la decía yo que arrepentida
Había de llorar su loco empuño;
Que un violento amor no era guarda
Para dormir un apacible sueño,
Sino harco entregado á la tormenta
De la pérdida mar que le sustenta!

¡Pero jamás aunque era bien sombría
Mi triste prevision recelar pudo
Que el infiel barco aquel naufragaría
Roto al golpe de un viento tan sañudo!...
¡Ni que Don Luis con mano tan impto
Desgarriera de su amor el nudo,
Ni que en su ingrato olvido y abandono
Caber podía tan amargo encono!...

¡Ah! solo un alma en cuyo enfermo seno
Hervían los celos de un amor impuro,

A toda dulce confusión ajeno,
En su propia maldad siempre inseguro,
Puede empapar su aliento en el veneno
Mágico, que convierte en puñal duro.
La palabra cruel con que un amante
Hiere de muerte al otro en un instante!...

Esa era el alma de Don Luis maldita,
Del amor de Lucía revelado
Porque en vez de calmarla mas la irrita
Belleza tanta como está gozando;
Esa era su alma, ese furor la incita
Ha ya bien negros tristes días, cuando
Halló por fin una sangrienta injuria
Tinta en la hiel de su zelosa furia!...

De qué enredados nudos el infierno
Tejió esos zelos, cuál su causa ha sido,
Qué doloroso torcedor interno
El pecho de Don Luis ha enfurecido
Contra este pecho enamorado y tierno...
¡No lo sé!... ¡No lo sé!... ¡No lo he sabido!...
¡Mas á qué buscar causa á un mal que aumenta...
Cuando de su ira propia se alimenta!...

Del seno de Don Luis, donde está oculto
Y al lado del amor, el odio late,
Salió en fin victorioso y en tumulto;
¡Vencido el triste amor en el combate!...
Y un monstruoso, homicida y frio insulto
Lanzó á esta pobre niña... Cual abate
Su vuelo un ave por el plomo herida,
Así Lucía el vuelo de su vida!...

Basta, la dijo un día el asesino;
Basta ya de disgusto y de tormento:
Cada uno de los dos por su camino,
Tú contenta y pagada y yo contento;
Por una cuenta alzada que imagina,
Y poniendo á buen precio el sentimiento,
A duro el beso, cálculos seguros,
Treinta mil besos son treinta mil duros.

Ahí los tienen y en paz... Y por la puerta
Se fué sin dar siquiera una mirada
De compasión, á esta inocente, yerta
De asombro doloroso, y aterrada!...
¡Muerta ya desde entonces!... ¡¡Muerta!! ¡¡Muerta!!...
¡Sin que me la pudiera salvar nada!!...
¡¡Inútil el calor de todo el ciclo
Para ablandar este puñal de hielo!!...

¡¡Madre mía de mi alma!!! De su espanto
Horroroso, al salir, fué el primer grito,
Y echó á correr regando el suelo en llanto
Y hoyó del nido de su amor, maldito!...
¡El dulce nido que ella amaba tanto!...
¡Dónde creyó al amor, santo, infinito!...
Maldito para siempre en un conjuro
Mas que la boca del demonio imporo!!!

¡Hija de mis entrañas!... En mi seno
No encontraste á tal pena medicina!...
¡Qué amor de madre por mas grande y bueno
Puede arrancar otra amorosa espina!...
¡Contra tu negro y áspero veneno
No había yerba humana ni divina!...
¡Algunas veces el amor se calma,
Mas no si ha herido el alma de nuestra alma!...

¡Sin esperanza ya, desde el instante
Que conocí esta odiosa horrible historia,
Dejá á mi hija en su agonía amante
Hartarse en paz de su infeliz memoria!...
¡Á qué turbar á un pobre delirante,
Cuando toda esperanza es ilusoria,
Cuando todo para él es un martirio,
Sino el fatal amor de su delirio!...

Como al amanecer pierde una estrella
Poco á poco su blanca luz, y al día
Se entrega... Que veníamos ya por ella,
Dijo una spera voz, que dejó fría

A la madre infeliz de la hija aquella
Que la honda tierra para sí pedía,
Y tres hombres con brusco movimiento
Entraron en el fúnebre aposento.

¡¡Hija!! ¡¡Hija mia!! ¡¡Ay!! ¡¡No!! Con mis manos
Yo te defenderé!!! Mas sin sentido
Cayó al suelo la triste!... ¡Esfuerzos vanos!...
La orfandad del sepulcro y el olvido
Desprecian al amor y al llanto humanos,
Y arrancan al cadáver mas querido
De entre los tiernos brazos que le aprietan,
Y sin razon al mundo le sujetan.

FIN DEL CANTO SEPTIMO.



PALACIO DE RECREO.

El palacio de recreo, cuyo grabado ofrecemos hoy á nuestros suscritores, es uno de esos bellos edificios que hermoosan las campiñas italianas, y cuya magnificencia y comodidades solo pueden compararse con el buen gusto de su construcción y las riquezas verdaderamente artísticas que encierran.

Las cerranías de Roma, de Nápoles, de Florencia y de Milan, presentan al viajero á cada paso preciosas residencias, en las cuales no se sabe qué admirar mas, si la franca hospitalidad con que son acogidos, ó los tesoros arquitectónicos que se despliegan á su vista. Cascadas, fuentes, estanques, verjeles, galerías de grandes cuadros, comedores, gabinetes de estudio, estatuas colosales, todo cuanto encierra en su seno una gran ciudad, todo cuanto embarga la imaginación, se encuentra en los palacios de recreo de Italia.

Otras naciones, y señaladamente la Francia, cuentan tambien con algunas residencias notables, próximas á las grandes poblaciones: la Inglaterra conserva todavia no pocos de sus antiguos castillos; pero ninguno de ellos iguala á los que hemos mencionado, en el conjunto de placeres que ostentan. En las residencias inmediatas á Paris, á Londres y á Berlin, se pueden pasar quince días sin aburrirse: en las de Italia trasturban los años entre placeres que nunca tienen fin.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del Semanario y de La Ilustración, á cargo de Alambra